

# Índice


- 9 -
*Prólogo*
Pierre Péju

- 15 -
*Presentación*
Carine Picaud

- 23 -
Al este del sol y al oeste de la luna

- 49 -
El Príncipe dragón

- 65 -
Hacia el País Blanco

- 89 -
El gigante que no tenía corazón en el pecho

- 109 -
El caballo encantado

- 139 -
Las tres princesas en la montaña azul



# *El norte magnético*

En *Los vasos comunicantes*, publicado en 1932, André Breton, atento como siempre a las señales que emiten los sueños, evocaba una frase enigmática que un día le sobrevino al despertarse: «En las regiones del extremo norte, *bajo* el haz de luz de las lámparas… vaga Olga, esperándote». Este fragmento de mensaje anónimo le causó una honda impresión. Así lo explicaba: «Reconozco que al pensar en esa frase lo primero que se me ocurrió fue ir a Islandia, o no sé, a Finlandia, para ver que quería esa tal Olga de mí». Unos años después, Breton volvió a escribir sobre el tema: «Hay demasiado norte en mí como para ser un hombre sin afiliaciones».

¿Quiere eso decir que existe una «llamada del norte»? y ¿es acaso tan fuerte como para que un hombre que ha querido vivir poéticamente se decida a «viajar hasta allá arriba»? ¿Tenemos todos una «parte de norte» que deberíamos tener en cuenta y explorar? Lo cierto es que, desde que decidimos navegar en el mar de lo imaginario, deberíamos confiarnos a la rosa de los vientos mental, cuyos puntos cardinales simbólicos indican diferentes formas de ser o de sentir: ir hacia el *este* significa avanzar hacia la sabiduría; la conquista del *oeste* supone decidirse por el espíritu de iniciativa, por el peligro y el riesgo al fracaso; el viaje al *sur* persigue la renovación de uno mismo, la nueva juventud y los disfrutes, a veces imprudentes. Nos queda el *norte*. La subida al norte suele asociarse con una búsqueda de carácter ascético, que se vuelve posible gracias a la presencia del hielo, al silencio de los grandes espacios y a la noche interminable. El gran norte, magnético y amenazante, donde la vibración del blanco y el azul parece ser un factor condicionante para dar con la pureza, que deberá encontrarse en soledad, sin miedo a los estragos de la locura o la muerte. Así pues, los relatos procedentes del norte han de venir marcados por esa austeridad.

En el cuento *Hacia el País Blanco*, recogido en este volumen, el apuesto Diderik, maltratado por el destino, es testigo de cómo su barco es llevado, en su contra, hacia el norte, a un reino desconocido, a «aquel país extraordinario donde los árboles parecían salpicados de plata y escarcha». Un norte ambivalente donde se alza el temible castillo, escenario de pruebas y metamorfosis.

Los *Contes anciens du Nord*[1] tienen, evidentemente, muchos elementos en común con los cuentos de todo el mundo y de todas las épocas: la estructura narrativa, los tipos de intrigas y de personajes; los lugares simbólicos, como la cabaña —en este caso, del pobre pescador— y el castillo, lugares cerrados que se oponen a la apertura y a lo incierto del camino, pero también al vagar por el claroscuro del bosque… En casi todas partes, encontramos al héroe desvalido, pobre,

1 N. de la T.: Nombre de la primera edición de este volumen.



contrahecho o víctima de un hechizo, que debe superar una serie de pruebas, acometer una misión, enfrentarse a temibles y hambrientos monstruos, rescatar princesas. Asimismo, encontramos jovencitas con una conexión paradójica y especial con lo animal, lo natural y lo salvaje, o con seres extraños, como los enanos.

Sin embargo, los cuentos del norte nos ofrecen algunas maravillosas peculiaridades. Por supuesto, hay trols, criaturas procedentes de Escandinavia, tan tontas como malvadas, y diametralmente opuestas a los humanos y a los dioses. Proceden del ogro germano, del gigante que secuestra a las jovencitas y a los niños, y del temible animal que merodea por la montaña. También están los uros y los renos, y el terrible y helador Viento del Norte, un personaje ambiguo que puede facilitarte el viaje o destruirte, y que «sopla con todas sus fuerzas [...] levanta a un humano como a una pluma y lo manda al otro lado del mundo». Está el dios Nackt, que «se apoderaba por sorpresa de niños y adultos y los [arrastra] al fondo del mar hasta sus aposentos de nácar». Hay salmones parlantes, y en ocasiones se dice, en algún giro de la trama, que lo que le ocurre al héroe ya había sido anunciado desde hacía tiempo por los escaldos, aquellos poetas escandinavos cuyos relatos inspiraron en parte la *Edda* poética.

Y, por encima de todo, está el gigantesco oso blanco de espeso pelaje que avanza por la nieve con sigilo, una criatura majestuosa, conmovedora y a la vez extrañamente inquietante, pues se adivina el ser humano que esconde. Lo cierto es que los cuentos del norte demuestran más que ningún otro que el ser humano siempre se ha considerado, desde la cueva de Chauvet y sus enigmas, ancestro e igual del oso. Así, el norte sigue ejerciendo sobre nosotros su encanto austero.

Resulta que este volumen, *Cuentos del Norte*, adaptados en un lenguaje elegante y fluido por Edmond Pilon e ilustrados por Kay Nielsen, fue a mis siete años mi primer contacto, mágico, con el universo del cuento. Mi amor por los cuentos se ha visto sin duda definido en parte por ese «paso por el norte». Aprecié de forma precoz el ambiente ventoso y helado, esa forma tan pura de relatar que me inició de niño en el poder mágico de los números: tres princesas, tres animales talismán, dos deseos, siete hijos, siete años... Así pues, descubrí, antes de haber leído a los Grimm o a Perrault, los cuentos *Al este del sol y al oeste de la luna*, *El caballo encantado* o *Las tres princesas en la montaña azul*.

Todos recordamos las circunstancias específicas en que conocimos por primera vez una u otra historia maravillosa, que a partir de entonces se convertiría en un punto de referencia mental y existencial. ¿Qué libro era? ¿De qué trataba? ¿Cómo eran sus ilustraciones? Nuestro primer «placer escrito» es inseparable del olor a cola, de la encuadernación o del papel crepitante de un antiguo volumen.

Cuando de pequeño iba a visitar a mi tío, a él le gustaba elegir un libro de su biblioteca para mi disfrute —... y educación—, que posaba con solemnidad sobre la mesa del comedor. Al principio, aquella distracción, que para él era cosa seria, consistía sobre todo en mostrarme imágenes, desde Gustave Doré hasta Benjamin Rabier, pasando por antiguos mapamundis y grabados de caballeros con armadura

Sin embargo, un día mi tío me enseñó *Contes Anciens du Nord*, en la edición de Piazza de 1919, una tirada limitada de 1.500 ejemplares, cuyo número 80 forma parte hoy de mi propia biblioteca. Además de la cubierta verde grisácea, cuyas letras doradas ligeramente gofradas me confirmaron lo valioso que era el volumen, lo primero que descubrí, en la portada, fue un grabado ricamente enmarcado y de una elegancia a la que no estaba acostumbrado y para la que no estaba preparado. Era la primera imagen de Kay Nielsen. ¿Hacia qué duro septentrión me encaminaba? ¿Qué ocurriría en aquellos reinos?

Antes de leer el primer cuento, fui pasando las pesadas páginas, y me abalancé sobre la primera lámina a color. La ilustración tuvo un efecto extraordinario en mí. Para que apareciera, había que levantar una hoja de «papel de cristal» más o menos traslúcido, una frágil cortina que emitía una especie de murmullo. Entonces surgían el azul muy claro y el azul más oscuro que compartían el cielo en una especie de lejana aurora o de crepúsculo interminable que yo imaginaba lejano, en Noruega, cerca del círculo polar. En la esquina inferior derecha, un gran oso blanco caminaba con la pata levantada con elegancia, y portaba sobre su lomo a una joven de larga trenza rubia. Se veía un bosque y un abedul tan sumamente alargado que su follaje no eran más que colgantes de cristal. En aquella ocasión, realmente estaba en un país desconocido. Cada imagen, al igual que cada relato denso y compacto, es una puerta mágica. Estaba en el norte. El último prodigio era una frase impresa sobre el papel cristal, que parecía flotar en el vacío: «La joven, sin hacerse de rogar, se montó sobre el lomo de la bestia».

Aún era demasiado pequeño para entender que los cuentos, al igual que los sueños, se comunican entre sí y nunca dejan de hablar, de circular y cambiar sus prodigiosas invenciones. Por supuesto, aún no conocía el resto de cuentos, empezando por *La bella y la bestia*, cuyo paralelismo con *Al este del sol y al oeste de la luna* es sorprendente. Ambas historias nos dicen, entre líneas, que solo el amor de una mujer puede arrancar a un joven transformado en oso del sortilegio lanzado por una bruja. Se trata de una metamorfosis ilusoria y provisional, que seguramente sea una metáfora del «malestar» que todo joven macho siente al estar convencido de que su fuerza y deseo lo vuelven espantoso y repugnante. Así, solo la bondad de la más joven, y a veces la

más ingenua, hija de un rey será capaz de descubrir la generosidad en el animal que todos consideran un monstruo para así revelar... ¡su humanidad!

Es más, yo no sabía nada de los cuentos nórdicos que no figuraban en aquella recopilación, como el del rey oso Valemon, que tan bien ilustra el difícil contacto inicial entre lo masculino y lo femenino. En él, una chiquilla responde con espontaneidad al oso que le pregunta si alguna vez había tenido mejor asiento que su lomo: «¡No, nunca! Se está mucho mejor que sobre las rodillas de mi madre o que en la corte de mi padre». ¡Ay, sinceridad transformadora! ¡Ay, nuevo goce! Y es que solo una ruptura con lo familiar puede dar paso a la iniciación.

Finalmente, ignoraba lo que el poder del cuento debe a la eternidad del mito, y no fue hasta más adelante cuando me di cuenta de que la inolvidable escena de *Al este del sol y al oeste de la luna* donde la chiquilla, rompiendo el pacto que había hecho con el animal, descubre a la luz de la lámpara que su compañero de cama en la oscuridad es en realidad divinamente hermoso, un calco del mito de Eros y Psique, tal y como lo relata Apuleyo (libros V al VII de *La Metamorfosis*). La joven desobediente se ve irresistiblemente atraída por el cuerpo del hombre que duerme donde ella creía que iba a encontrar un trol, y se agacha para besarle la nuca, dejando que tres desafortunadas gotas de la cera de la vela caigan sobre la camisa del príncipe, al igual que Psique deja caer tres gotas del aceite de su lámpara sobre la suave piel del Amor.

Pero ¡qué importan las comparaciones! Así es como, para un niño, empieza el viaje a través de las historias humanas, movidas por la palabra del cuento desde la noche de los tiempos. Así es como un niño adquiere la confusa certidumbre de que en los cuentos maravillosos encontrará, no ya la gran llave oculta de Wilhelm Grimm, sino un enorme número de ojos de cerradura a través de los que mirar para hacerse una primera idea de lo que es el deseo, la crueldad, la angustia, la tragedia, la muerte, la felicidad, lo humano, la monstruosidad de lo animal.

Sin lugar a dudas, tuve suerte de empezar por el norte, por estos *Cuentos del Norte*, con su claridad, densidad y elegancia. Más adelante, me permitieron, con sus incomparables ilustraciones, encontrar «mi rumbo» en la literatura oral o escrita.

Pierre Péju

